

Ilustre candillo, del plan de Tuxtepec; pero, ¿la lucha de los principios ha terminado?

LA PROPIEDAD.

Muchos de aquellos que han defendido la propiedad por razonamientos abstractos, parece que han caído en un error de mucha consecuencia. Ellos han considerado la propiedad como una cosa misteriosa y anterior a la sociedad, é independiente de la misma; pero ninguna de esas aserciones es verdadera. La propiedad no es primero que la sociedad; porque sin esta, que es la que da la garantía, no sería sino el derecho del primer ocupante, ó en otras palabras, el derecho de la fuerza, que no es ninguno verdaderamente hablando. La propiedad no es un punto independiente de la sociedad, porque un estado social, aunque muy miserable, puede concebirse sin propiedad al paso que no se puede imaginar propiedad sin estado social.

La propiedad existe á la par de la sociedad, pues que esta ha encontrado que el modo mejor de hacer gozar á sus miembros de los bienes comunes á todos, ó disputados por todos antes de su institución, era el de conceder una parte á cada uno, ó más bien, de mantenerle en aquella que había ocupado, garantizándole el goce de la misma con las variaciones que pudiera experimentar ya por los cambios multiplicados de la casualidad, ya por los grados desiguales de la industria.

La propiedad no es otra cosa que una convención social, pero del hecho de reconocerla por tal, no se sigue que se mire por nosotros como menos sagrada, menos inviolable y menos necesaria que los escritores que adopten otro sistema. Algunos filósofos han considerado su establecimiento como un mal, y su abolición como posible; pero han tenido necesidad de recurrir para apoyar sus teorías á una porción de suposiciones, de las cuales algunas no pueden realizarse jamás; y otras que son menos quiméricas, pertenecen á una época que no es posible preveer.

No solamente han tomado por base el aumento de las luces á que el hombre puede llegar, sobre el cual es un absurdo fundar nuestras instituciones presentes, sino que han establecido como cosa demostrada una disminución de trabajo para la subsistencia humana que está fuera de todo cálculo.

(Continuará)

Boletín de la Tertulia.

UN VIEJO DE VEINTE AÑOS.

En un pequeño salón de una casa situada en una calle, cuyo nombre no forma parte del argumento que me propongo, se reúnen todas las noches ó cuando menos las más, varias personas con el simple objeto de pasar la velada lo mejor posible. En esta sala se canta, se platica, y se bailaría también, si posible fuere hacerlo sin moverse de su sitio; pero su tamaño no lo permite y por esta razón la concurrencia se concreta á hacer todo aquello que admite su estencion.

No obstante que en seis varas cuadradas se pueden hacer muchas cosas, la sociedad ha hecho de ellas un salón en donde se admiran las gracias femeniles así como la gallardía de los jóvenes que allí se reúnen.

Los señores Pigoel son personas muy respetables por su educación y sus finas maneras. Tienen dinero, y sin hacer ostentación de su fortuna reciben en su casa á un cierto número de personas que alegran los salones en determinados días del mes. Como es natural, entre estas personas hay algunas de mucha intimidad y confianza de los Srs. Pigoel, y son aquellas á quienes vamos á encontrar en el pequeño salón que ántes hemos descrito.

A las nueve de la noche ya está tomando parte en la conversacion el Sr. D. Aristeo; persona de gafas y peluca, respetable por sus opiniones políticas, y sobre todo por tener la paciencia de leer más de veinte periódicos diariamente. Es la imparcialidad encarnada y envuelta en un capote negro en verano, y en tres de cualquier color en invierno; porque sus viejos huesos no resisten á una temperatura de diez grados sobre cero, y su cerebro, formado á fuerza de contemplar al pueblo atormentado por tantos años de impuestos y contribuciones, necesita de cierto calor para poder seguir opinando sobre cuestiones de gobierno.

Dos ó tres minutos después de dadas las nueve, ó cinco, cuando mucho dilata, se presenta el Sr. D. Milburgo, y toma asiento en la silla inmediata á la del Sr. de las antiparras, para dar rienda suelta á una conversacion saturada de elocuencia.

Una vez establecida la conversacion, y cuando